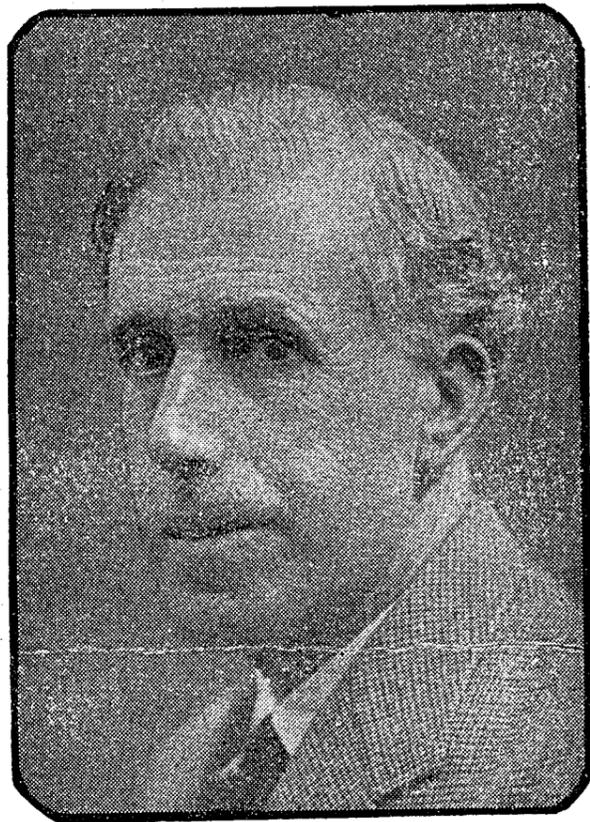


HISTORIAS PARA PENSAR

LA ENCRUCIJADA

Julión Besteiro
representó la vía
marxista-
democrática



Sobre las nueve de la noche del 20 de septiembre de 1940, en la cárcel de Carmona (Sevilla), moría, de una encefalitis, don Julián Besteiro Fernández, una de las figuras cumbres, acaso la de más acusado perfil intelectual, del socialismo histórico español. Un escritor actual, Jesús Torbado, en su novela «En el día de hoy», fabulación donde desarrolla una realidad que no fue —la victoria del Ejército Republicano sobre el Nacional—, instala en la Presidente de la República, tras la posguerra civil, a don Julián Besteiro. Es, acaso, lo menos verosímil en su fantasía futurible.

Besteiro parecía condenado —de hecho lo estuvo— al ostracismo por su propio partido, al que permaneció fiel dentro de su disciplina mental y en el rigor de una ortodoxia que le impedía ligarse a connivencias totalitarias.

El tiempo ha pasado y la figura de Besteiro acrisola su temple de honestidad y pureza.

El centenario de su nacimiento, en 1970, no quedó sin recordación.

Plumas independientes, incluso alejadas de su doctrina cuando no adversarias, reconocieron el mérito y el sacrificio del hombre. El 26 de septiembre del pasado 1976, al cumplirse el treinta y seis aniversario de su muerte, el P. S. O. E. organizó un homenaje en el cementerio civil madrileño. Sobre su tumba se depositaron claveles rojos y hubo palabras de recordación a cargo de Justo de la Cueva y Eduardo Ferreira.



Escribe
Julio
TRENAS

TRES años antes, había muerto en Madrid, rodeada de sus familiares, doña Dolores Cebrián Fernández de Villegas, esposa y compañera en la vida de don Julián y la más asidua visita que tuvo durante los dolorosos días de la cárcel de Carmona. Acabo de ver, en la salita que antecede a la tribuna diplomática de las Cortes Españolas, el busto de Besteiro —bronce y piedra negra— que le regalaron los diputados de las Constituyentes. La fotografía de la entrega, celebrada en el salón de conferencias, apareció en todos los periódicos españoles. El dibujante K-Hito publicó un gracioso chiste en «Ahora». Aparecía Besteiro entre los diputados, junto a la obra escultórica,

dicendo: «El busto es mio! La escultura anduvo arrinconada algún tiempo. Fue en la etapa presidencial de Alejandro Rodríguez de Valcárcel cuando, con el merecido honor histórico, se la instaló en el lugar que hoy tiene. También volvió a ser colgado, en la galería de presidentes, el retrato de Besteiro pintado en 1932 por Anselmo Miguel Nieto.

LA ENEMISTAD DE LARGO CABALLERO

No es novedad registrar la enemistad política, así como la escasa simpatía personal, de Francisco Largo Caballero hacia Julián Besteiro. Representaban dos entendimientos distintos y distantes de la doctrina que ambos profesaban. Al llegar la República de 1931, Besteiro fue elegido presidente de las Cortes Constituyentes. Desempeñó su menester con eficacia y una elegancia muy personal. Su cortesía no excluía la autoridad, en un Parlamento que, en muchos aspectos, podría llamarse de aluvión y donde no dejaba de constituir problema mantener en tono de mutuo respeto y altura las batallas dialécticas. La antipatía, el desdén incluso, de Largo Caballero hacia su correligionario le hizo comentar más de una vez, refiriéndose a Besteiro en las Cortes: «¡Se cree un virrey! Tal actitud se acentuaría, hasta lo combativo personal, tras la revolución de octubre de 1934, que lleva a un sector del socialismo claramente hacia la vinculación comunista, en tanto otro —el de Besteiro— se mantiene fiel a sus postulados democráticos. «A partir de este momento —escribe Ricardo de la Cierva en su «Historia perdida del Socialismo Español»— nada puede explicarse en la Historia de España sin la evocación de octubre. Octubre es el crisol del Frente Popular después de que con su U. H. P. lapitase, por encima de las polémicas, la realidad del Frente Único; octubre es el ensayo y el presagio de la guerra civil, después de incubarse en su recuerdo y en su desesperación la guerra civil interna del socialismo.»

Besteiro, presidente de las Constituyentes durante el primer bienio republicano, no tuvo después función oficial destacada. Rafael Abella registra su marginación. Al llegar los sucesos revolucionarios del 34, adoptó una actitud de discrepancia, no excesivamente exteriorizada por temor, al decir de Abella también, a provocar una escisión en el partido, «escisión que prácticamente se consumaría en el exaspera-

do clima de la primavera de 1936».

EL CONGRESO DE LA U. G. T. DE 1932

Pero ya este distanciamiento había tenido sus ramalazos elocuentes años antes. El distanciamiento político Largo Caballero-Besteiro se patentiza con ocasión del congreso celebrado por la U. G. T. en octubre de 1932. «El Sol» publica, el día 23 del citado mes y año, el resultado de la elección de la Comisión Ejecutiva. Como presidente de la misma fue designado Julián Besteiro; como vicesecretario, Andrés Saborit, y para secretario general Francisco Largo Caballero. De secretario adjunto quedaba Trifón Gómez, y como tesorero Rafael Henche. Las vocalías serían ocupadas por Lucio Martínez Gil, Anastasio de Gracia, Antonio Muñoz Giraldo, Antonio Sepián, Celestino García y Pascual Tomás.

Inmediatamente después de ser dada a conocer el acta de la Comisión de Escrutinio, Anastasio de Gracia leyó una carta en la que Largo Caballero presentaba su dimisión irrevocable. Decía así:

«A la mesa del XVII Congreso de la U. G. T.

Estimados compañeros: acabo de informarme del resultado de la votación efectuada por ese congreso para elegir la nueva Comisión Ejecutiva. Agradezco profundamente a los compañeros el honor de haberme designado para ocupar el cargo de secretario; pero me apresuro a manifestaros que no puedo aceptar esa elección en la forma que se ha producido.

Esperaba yo que el Congreso hiciera una apreciación clara de la actuación de cuantos intervinimos en el pasado período revolucionario, apreciación que se reflejaría necesariamente en la provisión de los cargos de la Ejecutiva.

Sin embargo, de vuestra votación resultan elegidos compañeros que por haber discrepado del criterio que manteníamos otros, dimitieron sus cargos y han sostenido hasta el último instante sus opiniones contrarias a las nuestras. Ello me da a entender que en cierto modo el Congreso no aprueba mi gestión anterior, y además creo obligatorio hacer notar lo difícil que resultaría la colaboración dentro de una misma Ejecutiva

de elementos con criterios tan dispares.

Por todo lo cual, y antes de que el Congreso dé por terminadas sus tareas, os comunico mi resolución irrevocable de declinar el nombramiento con que me queráis honrar.

Vuestro y de la Causa obrera, Francisco Largo Caballero.»

En el mismo día se produjeron otras dimisiones, arrastradas por la de Largo Caballero, a saber: las de Rafael Henche, Pascual Tomás, Antonio Muñoz Giraldo y Anastasio de Gracia.

PITOS Y FLAUTAS

Lo cierto era que, por pitos y flautas, la escisión resultaba patente, asfixiando toda posibilidad de colaboración política. Esto llegó incluso a los órganos de expresión, ambos socialistas.

● **Quedó arrinconado, pero no huyó; ni siquiera aceptó el «puente de plata» que se le ofrecía con la Embajada en la Argentina**

Patente es la animosidad entre «El Socialista» y «Claridad». Si el primer periódico era prietista, sobre todo en la servidumbre fiel de su director, Julián Zugazagoitia, el segundo profesaba el «largocaballerismo», dirigido por Luis de Araquistáin. La enemistad alcanzó a los propios periodistas y queda confirmada en una anécdota, violenta, a la que alude Madariaga y cuenta

Gil Robles. Tomo la versión que da de la misma Largo Caballero. El hecho ocurrió cuando en el Palacio de Cristal del Retiro se elegía como Presidente de la República a Manuel Azaña. Dice Largo Caballero: «En espera de que se iniciara el acto, se produjo un incidente en los jardines, como consecuencia de las polémicas entre «El Socialista» y «Claridad». Zugazagoitia, director del primero, dirigió unas palabras ofensivas al director de «Claridad», Luis Araquistáin, quien, a su vez, largó a Zugazagoitia un directo a la cara, haciéndole tambalear. No cayó al suelo porque le sostuvieron algunos amigos. El asunto no pasó a más, si bien los comentarios fueron abundantes.»

En «Claridad» del 12 de abril de 1936 se aludía a unas declaraciones hechas por Indalecio Prieto a «L'Intransigeant», en las que éste lamentaba, primeramente, que estando tan cerca las dos naciones, Francia demostrase no conocer el caso de España. También, juzga-

ba necesaria la participación de los socialistas en el Gobierno, «cosa que ocurrirá cuando lo decida la fracción izquierdista del Partido, es decir, cuando el señor Largo Caballero se dé cuenta de esa necesidad». Por su parte, «Claridad» apostillaba: «Bien se puede adelantar que si su contenido literal se ajusta a lo que por telégrafo se nos adelanta, el documento viene a tener

DEL SOCIALISMO ESPAÑOL



Largo Caballero, la vía marxista- revolucionaria

de estados pasionales adversos, extraordinariamente vivos, que seguramente aumentarían su intensidad si yo fuese llamado a desempeñar esas funciones. Es decir, que despertaría tras de mí una serie de resistencias y de oposiciones que, lejos de contribuir a la solución de los problemas políticos actuales, producirían como efecto el complicarlos de una manera excesiva.

EL INTELLECTUAL

Como dice Manuel Espada Burgos, catedrático de la Universidad de Madrid, al enfrentar la figura de Besteiro, «la desgarradura del intelectual, metido en los entresijos de la política, configuraron su carácter». Madariaga lo define así: «Besteiro es uno de los adeptos de la nueva fe. Cree en la ciencia. Al abrirse el siglo que va a enseñarle la modestia a los sabios, Besteiro tiene treinta años. En aquel mismo 1900, Planck va a descubrir la mecánica cuántica que hará, si, una revolución, pero no en la economía, sino en la Ciencia; y poco después, Einstein».

«A mi ver —prosigue Madariaga—, hay que comprender a Besteiro como un pensador del siglo XX rezagado en el siglo XIX, como lo están quizá por lo menos los hombres de ciencia

en París, Berlín, Múnich y Leipzig, y era catedrático de Lógica de la Universidad de Madrid desde 1912. Contó con la solidaridad de los intelectuales en 1917, cuando fue condenado a cadena perpetua por su participación en la huelga general revolucionaria, junto a Largo Caballero, Saborit y Daniel Anguiano. Como fueron elegidos diputados, salieron pronto de la prisión, pero antes ciento treinta y ocho profesores firmaron un escrito solidarizándose con el catedrático socialista. No faltaban las firmas de Ramón y Cajal, Ortega y Gasset, Menéndez Pidal y Clemente de Diego.

ACADEMICO, SIN DEJAR DE SER POLITICO

El día 29 de abril de 1935, Julián Besteiro ingresaba en la Academia de Ciencias Morales y Políticas. «El Sol» titularía la mañana siguiente, a toda página: «Por primera vez la Academia recibe a un socialista». La verdad es que lo hacía con todos los honores. Presidió la sesión y contestó al recipiendario Niceto Alcalá Zamora, presidente de la República. En su discurso, el académico no dejaba de ser político. Dijo sobre el tema «Mar-

■ La antipatía que sentía hacia su correligionario le hizo comentar más de una vez refiriéndose a él en las Cortes: «¡Se cree un virrey!»

de nuestro siglo; no por su ciencia, sino por su cosmogonía. Esta es la causa de la absoluta honradez y seguridad, de la fe en sí mismo que aporta su enseñanza y práctica del marxismo; está quizá también la razón por la cual aquel convencido marxista no se dejó desviar por las poco limpias herejías del leninismo».

Julián Besteiro, que no podía dejar de serlo. Entre sus propios correligionarios sólo llamárase «profesor». Se había formado en la Institución Libre de Enseñanza, conocía el clima intelectual europeo por haber viajado y disfrutado esta-

gida en el siguiente fragmento:

«Fascismo y comunismo tienen un punto de contacto al preconizar la dictadura: los comunistas abogan por la dictadura del proletariado contra la democracia burguesa, y los fascistas, por la dictadura de los elementos heroicos para mantener la esencia del régimen capitalista y ahogar violentamente la lucha de clases... En medio de esta lucha, el socialismo democrático es combatido por unos y otros contendientes. Desde luego, al socialismo democrático no se le puede señalar punto alguno coincidente con el fascismo.»

PERSONA NO GRATA

La tragedia de Julián Besteiro fue que su fidelidad marxista no le evitó que sus correligionarios llegaran a reputarlo persona «non grata», hasta el punto de que el ala extrema de su partido propuso, como indica Jackson, «la expulsión de Besteiro porque no era marxista». Esto se concreta en el agresivo manifiesto «Octubre, segunda etapa», lanzado por Carlos Hernández Zancajo a fines de abril de 1935 —citado por Ricardo de la Cierva—, donde los caballeristas «invocan el apoyo de la Unión Soviética para la conquista del Poder por medio de la insurrección armada; señalan como objetivos internos la expulsión de Besteiro y la eliminación del centrismo (Prieto) de los puestos directivos».

Quienes así opinaban desconocían, o aparentaban desconocer, aquellas manifestaciones suyas en un acto de propaganda electoral ante las elecciones de 1934, en las que afirmó: «Soy marxista desde que soy socialista; y desde entonces he defendido las teorías marxistas con constante interés y celo, sin creer que cometa un acto de soberbia, ni tampoco que adoptaba una actitud heroica, procurando hacer frente a las objeciones de los adversarios y corregir las interpretaciones demasiado simplistas de la doctrina». Su modelo, sin embargo, era la fórmula inglesa: hacer compatible la revolución con la conservación en todos sus momentos del máximo posible de elementos liberales y democráticos».

«No era ese el camino que seguía la cada vez más bolchevizada etapa del Frente Popular. Julián Besteiro quedó arrinconado. No obstante, cuando tantos hufan, él optó por permanecer y no aceptó siquiera el «puente de plata» que se le ofrecía con la Embajada en la Argentina, cargo al que renunció. No rehuyó, en cambio, echar sobre sus espaldas el duro trance de la derrota y permaneció con el pueblo de Madrid, ciudad en la que había nacido, tratando de hacer viable la entrada pacífica de los vencedores. Después vino el episodio de su proceso y condena, y aquellos meses tristes —en que oponía su entereza a la enfermedad y el desaliento—, transcurridos hasta su muerte en la cárcel de Carmona.

“El
Socialista”
“Claridad”
llegaron
a polemizar
como
si fueran
periódicos
enemigos

una importancia definitiva en orden al pleito de tendencias planteado en el seno del P. S. O. E. La inmensa mayoría de éste —que se siente absolutamente identificada con el marxismo—, no puede pasar en silencio que un miembro del partido, por eminente que sea su situación —y acaso más por serlo—, exalte las virtudes individualistas del español medio, hipótesis de corte antisocialista mil veces desmentida por la realidad. Si grave es la herejía doctrinal apuntada, tan grave o más es el problema táctico que a continuación resuelve alegremente Prieto, propugnando la colaboración en el Poder de su Partido, que, a lo visto, cree diferida solamente hasta el momento en que Largo Caballero caiga del burro, como vulgarmente se dice».

PRESIDENCIABLE

En la referida entrevista, cesado ya Niceto Alcalá Zamora como presidente de la República, Indalecio Prieto daba nombres de posibles sucesores en la alta magistratura, citando a Azaña, Sánchez Román, Albornoz, Besteiro, Fernando de los Ríos y Martínez Barrios. «Claridad» tampoco estaba conforme y proseguía en su comentario:

«Análogo módulo sirve para redondearlo con los nombres de Julián Besteiro y Fernando de los Ríos, notoriamente inadecuados para representar al socialismo, ya que su posición es comparada aún por mucho menor número de militantes que la de Indalecio Prieto. Y ya se va a ver cuántos están al lado de éste en el momento en que las declaraciones que comentamos se difundan.»

Otra es la opinión, por lo que respecta a Besteiro, de Salvador de Madariaga, quien escribe en su libro «Españoles de mi tiempo»:

«Besteiro fue el único español de aquella época que descubella por encima de Azaña; hombre que ni Azaña ni Largo Caballero llegaron a comprender y medir. Tan así me parece que, hoy, con lo que unos y otros sabemos, estimo que si la República hubiera tenido el valor de descartar a don Niceto de primeras y elegir a Besteiro presidente de la República, seguiría rigiendo en España una república liberal con perspectivas socialistas».

Este pensamiento tomaba cuerpo en quienes, por encima de campañas y rivalidades, reconocían los méritos de Besteiro. Al paso de ello sale éste, con espíritu de renuncia, en unas manifestaciones publicadas por el periódico «La Rambla» de Barcelona, y recogidas en «El Sol» el 28 de abril de 1936.

«Agradezco mucho —escribe Besteiro— la distinción de que me han hecho objeto cuantos han señalado mi nombre para desempeñar la Jefatura del Estado, y mi gratitud es más sentida para los vascos y catalanes que lo han apoyado con generoso empeño... Les mal para la política general de España que yo fuera elegido para ocupar ese puesto. he dicho, que yo estoy convencido de que sería un Descarto toda consideración de modestia. Creo que en otras condiciones quizá pudiera ser útil mi designación; en las actuales, no.»

Y es que Besteiro conoce ya la medida de la animosidad con que se le distingue en su propio partido. Sabe que no prosperaría su candidatura y que en torno a ella se cerrarían en banda, con harto dolor para su fidelidad socialista, personas que él creyó militaban a su lado. Por ello, explica:

«Las razones que yo creo tener arrancan de que mi significación política recoge una opinión que me es adicta, sumamente extensa, pero difusa y que no se manifiesta con claridad. En cambio, en torno a mi actuación se ha producido una serie